

La máquina del doctor Williams

Hace poco, buscando un dato sobre el poema “Música del desierto”¹ de William Carlos Williams en la red, me topé con un sitio curioso: *Write An Instant William Carlos Williams Poem*. Parecía una gran oportunidad. Abrí la página y vi que para ejemplificar su metodología el sitio usaba un poema breve e intensamente circunstancial de Williams, incluido en la primera edición de sus *Collected Poems* de 1934:²

Esto es sólo para decir

Me he comido
las ciruelas
que estaban
en el refrigerador

y que
seguramente
habías apartado
para el desayuno

Perdóname
estaban deliciosas
tan dulces
y tan frías.

El procedimiento que proponía el sitio es muy simple:

Me he [verbo]
las/los [sustantivo(s)]
que [verbo] en
el/la [sustantivo]

y que
seguramente
habías apartado
para [.....]

Perdóname
[verbo(s)] [adjetivo]
tan [adjetivo]
y tan [adjetivo].

¹ Próximamente se reeditarán las traducciones que hicieron, respectivamente, Gerardo Deniz y Myriam Moscona de este poema de Williams.

² He trasladado el ejercicio entero al español, pero puede consultarse el original en: <http://ettcweb.lrk12.nj.us/forms/williams.htm>

No transcribiré aquí el resultado del ejercicio. Cada quien puede ensayar el suyo. Inicialmente, este poema de Williams fue una especie de paradigma del movimiento de los *Imagists*. A la luz de este juego, se revela literalmente como un asunto de piezas intercambiables, quizás el ejemplo más burdo de aquella definición que dio Williams de la poesía en 1944: “una máquina pequeña (o grande) hecha de palabras”. La estrofa, supongo, sería el motor de la máquina o el lugar donde se pondrían a funcionar los significados. Ya Williams, desde 1923, había insistido en “que escribir tiene que ver con palabras y sólo con palabras y que todas las discusiones en torno a eso tienen que ver con palabras individuales y con sus asociaciones en grupos”.

Palabras para hablar de las palabras: por algo Williams desencadenó una rebelión del silencio en caída libre por sus propios poemas. La poesía no es música, dijo, y la acabó equiparando, al final de *Paterson*, su obra magna o al menos más extensa, a los pasos de una danza:

No sabemos nada y no podemos
[saber nada
salvo
la danza, danzar según la pauta
del contrapunto,
satíricamente, el pie trágico.

En 1957 lanzó una consigna melancólica: a falta de poesía todo lo que contiene el mundo moriría sin haber tenido una voz. Según se siguen sus trazos, la máquina de Williams se va revelando como un aparato en perpetua contradicción, lo cual la hace en cierto modo más confiable. En 1950, en una carta a uno de sus discípulos, Williams escribió que había algo malo, equívoco, en las lecturas públicas de poesía: “Ya sea que el salón no es adecuado o que la gente que acude no es adecuada; o tal vez así lo parezca por la vergüenza mutua que surge del intento de hablar en público de algo que por su misma naturaleza es muy per-

sonal.” O quizás el escollo sea que los poemas —y por lo tanto, el mundo— no generan la voz que merecen, sino que les toca sólo la que tienen. La de Williams —grabada numerosas veces— era aguda, nasal, muy poco cantarina; tan deliberadamente *norteamericana* como eran gaélicas o inglesas las de su amigo Ezra Pound o su contemporáneo T.S. Eliot.

La voz formaba parte de una ideología y luego de una militancia. Pound y Eliot inventaron una entonación a la medida de sus destinos europeos. Williams, en cambio, lamentó siempre el embeleso de los lectores y del público con el “estilo literario” inglés. Por esa causa, explicó en la misma carta de 1950, no había ido a una de las lecturas que dio Dylan Thomas en su gira por Estados Unidos ese año. El público, según él, no podía entender que la poesía norteamericana era completamente diferente: “NOPODEMOS Y NO DEBEMOS ESCRIBIR ASÍ”, enfatizó con mayúsculas. Por un lado, estaba la prosodia de la contingencia (Estados Unidos) y, por el otro, la de la historia (Inglaterra). Williams no quería ser el ventríloco de una tradición ajena. “Ellos [el público] me escuchan y huyen. No soy lo que buscan, quieren aquello a lo que están acostumbrados, la vieja tradición, el virtuoso en una modalidad reconocible. Quieren lo que no puedo y lo que no voy a darles.”

La figura de este drama fue triangular: en un ángulo Williams, nacido en 1883; en el otro Pound, en 1885, y en el tercero Eliot, en 1888. Williams hizo el viaje ritual por Europa en varias ocasiones, pero terminó por quedarse en Estados Unidos, en su tierra nativa de Rutherford, donde ejerció de médico y poeta al mismo tiempo. Pound y Eliot tomaron rutas centrífugas. Para Williams Pound se mantuvo siempre en la línea justa del contricante y el amigo; Eliot, en cambio, se convirtió en su némesis. En marzo de 1938, en una carta a Pound sobre el poeta debutante Louis Zukofsky, Williams comentó: “Me da la impresión

RELECTURAS

dense, ser solitario, sale de su casucha y se halla frente a un árbol: un encuentro entre iguales. “Hombre y árbol se confrontan en sus respectivos poderes primarios, libres de referencias: ninguno de los dos tiene un pasado [...] Básicamente, se trata de epidermis enfrentándose con corteza.” En la caricatura, a su vez, merodea la sombra más noble de un mito fundacional. La tesis –y ahora prejuicio persistente– del estadounidense como una criatura sin historia, sin densidad cultural, tuvo una primera etapa fundamental para fraguar una suerte de contracultura. Thoreau dilucidó su itinerario arcaico a campo traviesa; Emerson, su filosofía, y Whitman, su homenaje. A Williams le tocó, entre otras cosas, bajarle de tono a la grandilocuencia que se había atrevido a identificar el mundo con la primera persona, a conmemorar la arcadia en cada individuo. Contra Whitman señaló: la poesía no es naturaleza; es poesía. Lo cual equivale a decirlo todo y a no decir nada. En la tautología anida el misterio: las co-

sas son lo que son. Y ahí reside el poder absoluto de las metáforas.

Según Octavio Paz, desde un inicio Williams manifestó desconfianza frente a las ideas.³ Aparte de su temor casi congénito a las abstracciones, sospecho que era más bien un conflicto de autoría: quería las suyas, no las de los otros. Hasta cierto punto, Williams percibió cualquier influencia como un padecimiento del que había que curarse. En una carta de 1932 aclaró que “los poetas franceses no han ejercido en mí la menor influencia”. Una negación tan rotunda parece encubrir exactamente la condición opuesta. Sea como sea, la noción de influencias nocivas o benéficas es tan inestable que bastaría esa inestabilidad para ponerla en entredicho. Jorge Cuesta defendió el afrancesamiento de la cul-

³ Prólogo al volumen *Veinte poemas* de William Carlos Williams publicado en 1973 y que se acaba de reeditar en Era. Valdría la pena hacer una antología, o una bibliografía, de las traducciones de Williams que se han hecho en México: de Pura López Colomé a Hugo García Manríquez.

tura mexicana porque, sostenía, era una manifestación completamente natural y las acusaciones en contra demostraban sólo la pequeñez de la identidad nacionalista: “No les interesa el hombre, sino el mexicano; ni la naturaleza, sino México; ni la historia, sino la anécdota local.” Los embates son generacionales. Suele haber siempre guardianes de lo autóctono que denuncian las transgresiones: el afrancesamiento o la norteamericanización o la argentinización o la peruanización o cualquier versión de lo foráneo que inaugure un camino aún desconocido. No hay garantías estéticas. A veces las ideas más estrechas le abren la puerta a poemas extraordinarios que son manantiales de un contagio inusitado. Este en definitiva fue el caso de Williams. Su “vuelta a lo americano” funcionó como el taller donde cada poema iba construyendo una máquina de palabras de manera autónoma y sin conservar las cicatrices de su origen. —

— TEDI LÓPEZ MILLS



Suscríbase:
INFORMACIÓN Y OPINIÓN
en la REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA EN LIBROS
presentada por el Maestro Felipe Garrido

Justa

de lector a lector

Reciba diariamente información acerca de

- Noticias del día
- Ágora
- Textos escogidos
- Reseñas
- Galería
- Foros de lectores
- Archivo

y demás... del mundo de los libros.

\$ 180.00
suscripción por un año
Obtén muchos beneficios al suscribirte

Échale un ojo en
www.justa.com.mx

¡Suscribirse es muy fácil!
¡Llámanos, con gusto
te atenderemos!
01 800 200 1080

Justa es la revista digital más completa y versátil sobre el mundo de la lectura, los libros y la cultura, realizada en México.